

EL CUERPO EN LA DIRECCION DE LA CURA

Texto presentado en la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis de Río de Janeiro 2017

Carola Yannicari

*Escribir un poema es reparar la herida fundamental, la desgarradura. Porque todos estamos
heridos "*

Alejandra Pizarnik

Tener un cuerpo no es algo que va de suyo, al menos para quienes hemos asumido llevar adelante la dirección de una cura. ¿Qué implica, entonces, un cuerpo en el análisis?

Freud se hace interrogar por aquel cuerpo de la histeria que pone en jaque la anatomía orgánica propia del discurso médico y en ese ofrecimiento advierte que el cuerpo, habla. Que ese cuerpo no se constituye como signo de un territorio orgánico sino más bien como síntoma de una contienda que se libra en otra escena. Freud da cuenta que ese cuerpo no está regido por un estatuto científico sino por nuevas leyes que es preciso abordar. Esta disponibilidad clínica e inédita del maestro viene a inaugurar la separación decisiva entre cuerpo y organismo.

Ese organismo, definitivamente perdido, devendrá cuerpo por su entrada en el lenguaje. Pero ésta no será la única condición de posibilidad a la existencia de un cuerpo. Será preciso que en esa entrada haya un receptor, un Otro que de hospitalidad y morada.

En ese alojamiento, que sólo será posible a condición de la falta del Otro, se pondrá en juego el advenimiento de un cuerpo. Sabemos que en todo hospedaje para mantener la estadía hay que pagar, y esto no es una mera cuestión de mercado. ¿Cuál es entonces el pago necesario para que en ese alojamiento, un cuerpo se constituya?

La represión primaria, en tanto primera operación psíquica, sustrae definitivamente la necesidad biológica por intervención de la demanda del Otro. Esta mediación crea allí un vaciamiento en el que la pulsión podrá instalarse. Incorporación de un real que hace posible que el lenguaje devenga simbólico. Esa operación primera funda el movimiento pulsional que contornea un vacío cuya fuerza constante pugna por encontrar satisfacción. Primera pérdida, primer resto que cae, no posible de ser identificado. Primer tiempo lógico de constitución subjetiva, primer "cuerpo" en el que el vacío, ese riem, vendrá a alojarse.

En la dialéctica significativa de la demanda y deseo del Otro, ese vacío será bordeado por el rasgo unario, trazo que prestará representación a las zonas erógenas haciendo de ellas fuentes pulsionales en las que se recortarán los objetos, huellas libidinales del encuentro con el Otro. Para que este cuerpo se

constituya será preciso una nueva operación psíquica, una nueva sustracción, sustracción de goce, en la que será necesario perder una libra de carne, operación simbólica que tendrá su efecto en lo real del cuerpo, ahora como objeto de la pulsión. En el encuentro con el deseo del Otro este objeto privilegiado se ofrecerá como respuesta posible frente a la falta del Otro. El sujeto por venir se ofrece como objeto en el encontronazo con la castración del Otro. Primer despertar en el que el sujeto se ve precisado a cifrar con significantes y vestiduras imaginarias esa demanda pulsional del Otro que irrumpe cual magma en esa territorialidad del encuentro. El cuerpo se recorta en zonas erógenas por la intervención del Uno Contable, en tanto trazo unario que sitúa el vacío del Otro a través de una marca, y por el Uno unificante que le re-porta una imagen especular i(a). En esta operación, el "Uno Contable" marca y localiza el deseo del Otro. Operación significativa que bordea aquel vacío del primer tiempo lógico. Me resuena el equívoco, "Contable" en tanto inscribe al sujeto en el campo del Otro, entra en la cuenta del Otro; "contable" en tanto augura una respuesta fantasmática que aporte una novela, un pequeño drama en el que el sujeto estará implicado allí como objeto. Sin embargo, en esta operación psíquica hay un irreductible, hay un menos, *un -fī* que se sustrae a lo especularizable, y cae como un precipitado en un objeto parcializado, el objeto a y sus especies pecho, heces, mirada y voz.

En este punto, y a propósito del tiempo de constitución subjetiva, me retorna un clásico de la literatura infantil que pone en evidencia lo palmario del asunto, me refiero a un pasaje del cuento Caperucita Roja:

- *"¡Oh, abuelita!, "qué orejas tan grandes tienes." - "Es para oírte mejor, mi niña."*

- *"Pero abuelita, qué ojos tan grandes que tienes." - "Son para verte mejor, querida."*

- *"Y qué boca tan grande que tienes." - "Para comerte mejor."*

En 1812 los hermanos Grimm estaban muy lejos de saber acerca de la invención y la formalización del *Objeto a*, sin embargo podemos sospechar por qué esta obra es un clásico: en el decir de Caperucita Roja se solidarizan dos cuestiones, siempre y cuando las cosas anden más o menos bien, **el objeto de la pulsión se recorta como objeto del fantasma si es posible la pregunta por el deseo del Otro.** Ahora bien, ¿cómo se lleva a cabo esta operación? Lacan en el Seminario 5 señala: *"primitivamente el niño, en su impotencia se encuentra completamente dependiente de la demanda, es decir, de la palabra del Otro... Entonces ha de introducirse algo distinto a cuyo través se restablece la autenticidad del sujeto... Instalado en la dialéctica primera de la demanda, el sujeto se encuentra en determinado momento con otro deseo que no había sido integrado y no es integrable...la introducción de una dimensión nueva hace que el sujeto sea algo distinto que un sujeto dependiente... lo que se ha de introducir es que más allá de lo que el sujeto demanda, más allá de lo que el Otro demanda al sujeto se encuentra la dimensión de que el Otro desea".* Esto

no es sin consecuencias ya que complica e implica al sujeto en tanto exige un trabajo de simbolización, una solución fantasmática, en este requerimiento entra en juego el falo. ¿De qué manera entra en juego? Dice Lacan en el texto antes citado “*a partir del momento en que el sujeto tiene que simbolizar el significado en cuanto tal, quiero decir la significación*”. Frente a la castración del Otro, su falta, es preciso tejer un enjambre de representantes pulsionales. Este recurso del orden significante dará lugar a que el sujeto interpele la barradura del Otro a través de sus objetos parciales poniéndose a resguardo de entregar su ser. Esta interpelación el sujeto la realizará con lo que tiene disponible: los objetos pulsional.

Este tiempo de constitución subjetiva que compromete virajes, operaciones de inversión, la función paterna será el nuevo elemento que comande más allá de las relaciones de potencia e impotencia de la madre. El padre introduce un elemento simbólico que supone, en tanto simbólico, dos cuestiones: la presencia de una terceridad y que esa terceridad ponga en vigencia una operación de sustitución: “*en lugar de*”. ¿Por qué la necesidad de esta condición? ¿qué es preciso sustituir? La operación de sustitución recae en el *ser el objeto* del Otro *por tener o no tener el objeto*. Operación metafórica por excelencia que pondrá en vigencia la ley de castración: “No reintegrarás tu producto” y “No te acostarás con tu madre”. La ley pone límite al goce. Prohíbe y prescribe a la vez. Prohíbe ser el objeto de goce para el Otro habilitando el deseo por el sesgo de los objetos pulsionales.

Volviendo a nuestro clásico cuento podríamos inferir el objeto del fantasma que compromete a Caperucita como sujeto: ser devorado por el Otro en el retorno al seno materno. En este caso, ese Otro primordial, *la abuelita*, in-vestido de fragilidad, bondad y mansedumbre porta para el sujeto la feroz necesidad de engullirlo.

Las formas de presentación clínica en las que el *Objeto a* decae en su función de causa resultan conocidas en nuestra práctica: inhibición, síntoma y/o angustia. Presentaciones que en sus distintos registros imaginario, simbólico y real manifiestan el taponamiento de la falta que se traduce en “un penar de más”. Ese signo positivizado, ese más, ese plus, denota que la falta, falta. Sufrimiento subjetivo que señala el colapso de la respuesta fantasmática, en tanto esta resultante ha devenido fijeza fantasmática frente a la pregunta por el deseo del Otro. La estrategia fantasmática es aquella que el sujeto supo conseguir a través de los objetos pulsionales en el intento de descifrar el deseo del Otro y preservar su completud. Que haya colapsado es la oportunidad, análisis mediante, que ese objeto pueda resituarse. Propiciar un movimiento pulsional en el que sea posible gozar de otro modo no es sin la intervención del analista que posibilite, equívoco en juego, descoagular ese *a* en el que el sujeto está fijado en su respuesta fantasmática. Con este operador la función del analista procurará una pérdida, una sustracción de goce que se recuperará en la escala invertida de la ley del deseo. Dicho de otro modo, que nuestra función deseo de analista propicie la salida como

sujeto a una vida deseante en relación a los otros y no sólo reducida al deseo del Otro.

Re-tomando nuestro clásico Caperucita Roja, y tomándonos el atrevimiento de emplazarlo en las coordenadas del dispositivo analítico, advertimos que no hay allí reporte de inhibición y/o angustia sin embargo algo muy insipiente, del orden del síntoma, podríamos suponer allí: en tanto sujeto, la tal Caperucita Roja, formula la pregunta por la falta del Otro a través de sus objetos pulsionales que supo conseguir. Sería auspicioso que en la dirección de la cura este enigma, que como sujeto la implica, devenga objeto causa del deseo. Este augurio no es sin el encuentro con el deseo del analista que, cual leñador, le caberá el arte de cortar, separar y suturar... En otras palabras, que la marcha por el bosque no se reduzca a transitar los senderos marcados por el Otro sino que ese andar se oriente con la brújula deseante del sujeto.

Bibliografía

- Lacan, J: Seminario 5 “Las formaciones del Inconsciente” Ed Paidós – Buenos Aires 1999.-
 - Amigo, S: “Clínicas del cuerpo. El cuerpo, lo incorporal, el objeto a” Ed Letra Viva- Buenos Aires 2013.-
 - Hermanos Grimm: “Caperucita Roja” Ed. Colihue- Buenos Aires 2003.-
 - Moia, Marta: “El deseo de la palabra” Entrevista a Alejandra Pizarnik. Ed. Ocnos. Barcelona 1972.-
-